

los cánticos y los himnos patrióticos de esta benemérita capital: sus ilustres habitantes celebran con toda la efusión de su gratitud las proezas y virtudes de nuestros primeros libertadores, y hacen notar á la posteridad la tradicion de su nuevo ser político.

Los antiguos pueblos de Grecia y Roma, llevaban siempre esta costumbre en sus fiestas cívicas. Los sacerdotes en el templo, fijaban la idea sublime de la divinidad, en la consagracion de sus escojidos para conservar la felicidad de los pueblos, y los oradores públicos presentaban la historia de los sucesos mas memorables de su carrera política. Vosotros, ilustres toluqueños, os hallais en éste precioso caso, y cuando me habeis prodigado el honor de ser el intérprete de vuestros sentimientos, y me poneis al frente de vuestros regocijos públicos para que fije la tradicion sublime de las grandes acciones que os han abierto el templo de la libertad, yo no haré otra cosa que una reseña de las mas realzadas, porque el cuadro es inmenso y el tiempo muy estrecho. Consultaré al efecto los principios filosóficos y de ilustracion civil, en que tanto adelanta la nacion mexicana, para que mejor se conozca el mérito de nuestros primeros caudillos, porque por otra parte, no es todo ver las grandes escenas que presenta la historia sin buscar su origen, para aleccionar al género humano, y prevenir los riesgos que se presenten á sus protectores, cuando su valor los conduzca á las empresas heroicas. Sin estas consideraciones, no seria la historia mas que una fábula sin moral, que apenas mereceria ser leida. Escuchadme, pues.

¡Contrastes terribles! Desde que el primer hombre tuvo la ocasion de hollar las leyes de la naturaleza, que Dios imprimió en su corazon, para procurar su dicha; su descendencia hecha el juguete de las pasiones, se vió sumergida en las preponderancias de la fuerza fisica, y en el torbellino del interés, la ambicion y otros afectos que han degradado la dignidad de su sér. Los débiles fueron oprimidos por la fuerza: los ignorantes por el supersticioso saber en que se amalgamó el error; y los miserables, por el que mas poseia para satisfacer las necesidades humanas. Pero en medio de este caos de contrastes, que por otra parte contribuyen tanto á la armonía moral

CAPITULO XXIII.

DISCURSO PATRIÓTICO QUE EN EL ANIVERSARIO DEL PRIMER GRITO DE NUESTRA INDEPENDENCIA, SOLEMNIZADO EN LA CIUDAD DE TOLUCA RESIDENCIA PROVISIONAL DE LOS SUPREMOS PODERES DEL ESTADO SOBERANO DE MÉXICO, DIJO EL SR. MAGISTRADO DEL SUPREMO TRIBUNAL DE JUSTICIA, C. LIC. JUAN WENCESLAO BARQUERA, EL 16 DE SETIEMBRE DE 1830, POR ENCARGO DE LA JUNTA CÍVICA DE AQUELLA CIUDAD.

Duo modo haec opto: unum, ut moriens, populum romanum liberam relinquam: hoc mihi majus á diis immortalibus dari nihil potest. Alterarum ut ita cuique eveniat, ut de rep. quisque mereatur. *Cic. Philip. II.*

Excmo. Señor:

Dos decadas de años han deslizado sobre nosotros, desde que los primeros héroes de la pátria, levantaron el pendon de nuestra independencía en el pueblo de Dolores. Aquel grito magestuoso, resonó por todos los ámbitos de la tierra, haciendo estremecer los tronos de los déspotas, y la gran familia de los mexicanos, que antes gemia bajo el yugo férreo de los Capetos, se determinó á sacudir este peso enorme: enjugó sus lágrimas de servidumbre, y se preparó á los grandes y gloriosos sucesos que no conocia en los aciagos tiempos de su opresion. El 16 de Setiembre de 810. Día de feliz recordacion para los mexicanos libres, es el que hoy excita

de las sociedades, siempre brillaron los espíritus privilegiados que amaron la virtud: ese bálsamo precioso, que ha curado los males de los desgraciados, y ha traído la felicidad á los justos aun en medio de las mayores calamidades. Hubo Caines que sacrificaron á sus hermanos por la envidia y perversidad de sus corazones; pero un Dios todo bondad, ha sabido tambien reprimir el crimen de un modo misterioso y siempre eficaz, ensalzando á la virtud para gloria de su justicia eterna. Sin éstos contrastes, ni habria virtudes, ni habria vicios, ni triunfos, ni coronas para elevar al hombre al término de la dignidad de su creacion.

Ese mismo Dios eterno, escogió un pueblo que llevaria las virtudes á las generaciones del Universo, con la paz y la concordia. Estas virtudes debian brillar en medio del paganismo, corrompido por la descendencia de Cain, Nembrot y otros que llevaron sus conquistas hasta más allá de las orillas occidentales del Eufrates.

A ese pueblo escogido, se le dieron leyes suaves y justas, y se le protegió con un gobierno celestial para conducirlo por caminos misteriosos al colmo de los goces sociales. ¡Pero qué ingrato! Mas bien quiso imitar las instituciones tiránicas del paganismo, y pidió un rey por medio del profeta Samuel. Conducta que irritó la ira de Dios y se dispuso á castigar su ingratitud concediéndole lo que le pedia.

He oido al pueblo que pide rey, dice el Señor al virtuoso Samuel, no te desprecia á tí sino á mí mismo que le he guiado como padre amante, sacándolo de la servidumbre de Egipto. Pero aun amo á mi pueblo: explícales lo que es un rey que abusa de la sumision de sus semejantes para sacrificarlos á sus caprichos: quizá prescindirán de tan absurdo proyecto. Samuel en efecto les pinta con los mas vivos colores la conducta de unos hombres que tratarian á sus semejantes como rebaño de ovejas, usurpando la divinidad al Criador eterno; pero el pueblo ciego, insiste en su proyecto de abominacion. «Queremos un rey que nos juzgue y marche á nuestra frente contra nuestros enemigos.» Hé aquí la resolucion del pueblo, fascinado por los que se interesaban en vivir de su sustancia, bajo la sombra de los reyes. Samuel se aflige y

trata de aplacar al altísimo, al tiempo de llevarle la respuesta: se empeña en hacerle ver la miseria y fragilidad del hombre; pero el Señor, justamente irritado, porque conocia la perversidad del corazon humano para resistir á lo que mas le conviene, solo contestó con éstas enfáticas palabras: «Dales un rey.»

¡Oh que don tan funesto! Aborto de una libertad mal entendida en un pueblo ignorante, imitador fanático de las instituciones extranjeras. Desde entonces ¿qué otra cosa nos presenta la série de los sucesos humanos, mas que desastres, desolacion y miseria? Apenas brillan como genios celestiales, un David, un Salomón, y otros reyes de Israel, que fueron el consuelo y gloria de sus vasallos. En la historia moderna, un Pedro el grande, José II, María Teresa, Alfonso el sabio, Carlos III, y otros que alguna vez mandaba el cielo para aliviar la suerte de los hombres; pero en la mayor parte, no hubo mas que monstruos apoyados en la fuerza de la supersticion mas bárbara que pudieron ver los siglos de ignorancia y ceguera. Las guerras, ese azote terrible de las naciones, con que los reyes llevaban el pillaje y el robo á los pueblos vecinos bajo el nombre de conquistas, ó con el pretexto de sostener derechos desconocidos en la moral pública: hé aquí la ocupacion perenne de los reyes imitadores de los paganos. Las de las cruzadas abrieron un teatro de escenas muy horribles que escandalizaron á la humanidad. Luego sucedieron las de los Emperadores alemanes con los Papas, las de España contra los moros, las de Inglaterra con la Francia, las de los Protestantes, y por último las de los franceses en Italia. Todo esto forma un libro sangriento que comprende la historia mas memorable de ochocientos años. Luis XIV levantó un armamento extraordinario para su tiempo. Federico II hizo de la Prusia un cuartel, y todos los demas príncipes lo imitaron. De este modo los pueblos gobernados por reyes, no han sido otra cosa que una horda de animales expuestos al sacrificio de sus tiranos, ya vendiendo su sangre y su existencia para saciar sus caprichos, ó ya comprando la de sus hermanos contribuyendo con su propia sustancia al mantenimiento de los mismos que los oprimen á nombre de los reyes.

Pero ¡Oh gran Dios cuyas misericordias no tienen número! Al fin os compadecisteis del linaje humano, que sufrió tantos siglos de barbárie; y vuestra sabiduría eterna le alumbró los caminos de su felicidad social. Esta luz preciosa fué la que denunció al mundo el abuso que hacian los reyes de su autoridad. Su clamor fué oído, y el remedio se presentó en el orden constitucional que refrenó á los déspotas. La Inglaterra fué la primera que dió el ejemplo desde la caída de Carlos I, y hoy es la mejor constituida, porque acomodándose á sus costumbres, ha sabido combinar los derechos del pueblo con la autoridad limitada del monarca, que no lleva ya el absolutismo que tanto abominó el Señor cuando su pueblo le pedia un rey. Los principios políticos de esta nacion, conmovieron á toda la Europa, aunque con aquella lentitud con que se propagan las luces en medio de una ceguedad inveterada. Sus colonias de Norte-América, se separaron por el mismo principio, y la Francia presentó al mundo social las terribles escenas de Luis XVI. Los acontecimientos de esta época, escandalizaron á la humanidad, porque era preciso que la lucha de los pueblos que aspiraban á la libertad, resistiendo á las clases privilegiadas que vivian de su propia sustancia á la sombra de las regalías, entráran en una lucha terrible con los agentes del despotismo. Todo era confusion y desórden; hasta que un aventurero osado, cual era Napoleon, jugó por decirlo así, con la revolucion francesa. El consternó á las potencias marítimas, á los déspotas del Norte de Europa: oprimió á la España, y al cabo triunfó el destino de las naciones que trataba de subyugar por la fuerza. Oprimiendo á la España por las intrigas del favorito de Carlos IV, la violentó á declararse libre. Y aunque el hijo de aquel monarca imbécil y desgraciado, fué su víctima, el pueblo español con sacrificios inauditos paralizó sus triunfos, y sus prétendidas conquistas. Aquel fuego sagrado de independenciam y libertad, se trasmitió á la sufrienda América, que salia como de un letargo, afuer de tan violentos sacudimientos. Fijemos ya la vista en este cuadro que nos interesa mas de cerca. Yo quisiera arrebatár á la naturaleza sus pinceles, para reducir á una miniatura los sucesos mas grandes y terribles de nuestra revolucion, y fijar-

los en su verdadero punto de vista, para desengañar á nuestros enemigos de su impotencia y de nuestra justicia; pero no me es dado mas que el pasar ligeramente los colores de un sencillo, pero interesante recuerdo.

La España y la América, se vieron acéfalas con los sucesos de Aranjues y de Ballona. Un millon de españoles de todas clases quisieron mejor ser víctimas que mandados por un extraño. Peleaban por su rey, porque ya lo consideraban formado en los principios constitucionales con que los ilustrados españoles representantes del pueblo, decoraban el trono en que habia de regentear á un pueblo libre, y no mandar á una orda de esclavos. En aquellos momentos de trastorno reasume la nacion española su soberanía, se instituyen juntas de Gobierno en varias provincias con el objeto justo de conservar su independenciam. México, en circunstancias tan angustiosas, intenta lo mismo, y con mas razones políticas, á dos mil leguas de distancia de la metrópoli ocupada por un usurpador. El Vi-rey Iturrigaray reconoce esta justicia, y trata de apoyarla; pero un enjambre de monstruos togados, y comerciantes embrutecidos, que se espantaron al considerar la ruina del monopolio colonial que los enriquecía á costa de la inocente América, se alarman en el furor de su ambicion y su codicia: tratan de engañar al pueblo: exitan á las clases privilegiadas, y ponen en movimiento los intereses de los que vivian á la sombra del despotismo destronado. He aquí, ciudadanos, la primera cuna de nuestra independenciam trabajosa. El esclarecido Iturrigaray, que con el tiempo habia de formar un paralelo glorioso en el cuadro de nuestra revolucion, con el sábio y virtuoso Odonjú, fué víctima de la mas negra infamia. El licenciado Verdad, el génio de la jurisprudencia mexicana, murió en la empresa, persegido por los monopolistas armados á nombre de un rey que no existía. El religioso Mercedario Talamantes, acabó sus dias en una prision: los beneméritos Villaurrutia (d. Jacobo), Fagoaga (d. José María), Alcalá el canónigo, los licenciados Azcárate, Castillejos, el industrioso Alconedo, y otros patriotas notables en estos sucesos, sufrieron destierros, odios y persecuciones muy sensibles. El Lic. Ferrer,

con sus dignos compañeros, subieron los primeros al suplicio que se preparaba á los desgraciados mexicanos que siquiera pensasen en tener derechos que reclamar.

Pero no por esto pudo extinguirse el entusiasmo patriótico, como que conducía á los mexicanos á su justa independencia. El 16 de septiembre del año de 10 se aproximaba para dar un sér mas consistente á los clamores del pueblo que tambien sostenia los derechos de un rey cautivo, que creían los mexicanos, viniera al trono constitucional que el siglo presentaba. La patria gimió ante sus mas caras víctimas, y solo meditaba en silencio la oportunidad de las venganzas. Pero ¡oh gran Dios! Gemidos no rompen cadenas, y los grillos es menester quitarlos con grandes martillazos. He aquí lo que indujo á los Hidalgos y Allendes con sus esclarecidos compañeros, á lanzarse en el abismo de los sacrificios patrióticos que habian de asombrar á la Europa, por su novedad, por su falta de instruccion en el arte de la guerra, de civilizacion y de recursos, y tener que luchar, ante todas cosas, con los cancerberos de este infierno político de los reyes absolutos, cuales eran la inquisicion y el fanatismo. Empresa terrible ciertamente, que ponía á los ojos los peligros que mas imponen al corazón humano; pero nuestros héroes todo lo arrostran. Independencia ó muerte proclamaron en la aurora del 16 de setiembre de 810: sufra cadenas y tiranía quien tiemble ante el sepulcro; nosotros descenderemos tranquilos al hondó cenó que iguala á todos los mortales, y donde no alcanza el bárbaro furor de esos caribes injustos. A nosotros nos basta un rayo de gloria divina por haber salvado á nuestros inermes ciudadanos, cuya posteridad bendecirá nuestros nombres cuando vean el fruto ópimo de nuestros trabajos. Moriremos y morirán; pero con su sangre se fertilizará el árbol de la libertad; y de la nuestra, cual de los dientes de Cadmo, se levantarán ejércitos denodados que llenarán nuestra gloriosa empresa.

Así fué, ciudadanos: ya habreis presenciado los sucesos que asombraran á la posteridad; pero permitidme el que no descorra este velo de la historia, porque mi alma no tiene el temple necesario para recordar á un pueblo sensible, lo que

se propuso olvidar desde el momento de las reconciliaciones y de la paz, de la union y de los triunfos. Hoy solo nos es dado el ampliar nuestros corazones con el regocijo público, y entonar el himno de los inmortales á la grata memoria de nuestros héroes, adorando á la alta providencia que nos condujo á este término por caminos trabajosos y sangrientos; pero de gloria y paz, siempre que la concordia presida á nuestras acciones.

Así como el viagero que ha sufrido tormentas, naufragios y escenas terribles en el país de los uracanes y terremotos que abismaron pueblos enteros en el caos de la muerte, y que él por una providencia celestial ha salvado su vida, y ocurre al templo de la Divinidad, para entonar el himno de gracia; así nosotros despues de haber pasado los horrores de una revolucion, en que los fatales géneos del error y la discordia han abismado á generaciones enteras de mexicanos ilustres, y de españoles alucinados, no hacemos mas que expresar los sentimientos de nuestra gratitud á los manes respetables de nuestros libertadores.

Aquel entusiasmo pátrio se difundió por todos los espíritus mexicanos, y á pesar de la falta de civilizacion y de recursos, y á pesar del cruento sacrificio ofrecido en las aras de la libertad por nuestros primeros caudillos: los Morelos, Matamoros, Bravos, (d. Leonardo) Montañones, Piedras (d. Mariano), Galeanas, Torres, Trujanos, Asencios, Villagranes, Coses, el valiente López (d. Benedicto, y otros ilustres patriotas de esta memorable jornada, supieron secundar el heroismo de los Hidalgos y Allendes, ofreciéndose en holocausto sobre las aras de la patria, despues de haber enseñado á los hijos de Pelayo que los mexicanos son valientes. El destino de la América estaba ya consignado en el libro eterno de las naciones libres, y era necesario que sus libertadores se adiestrasen en la escuela de la guerra, de los trabajos y reveces para acrisolar su fortaleza y su constancia.

Murieron en efecto esos dignos sucesores de los Hidalgos y Allendes; pero quedaron para sostener sus empresas, los que sobrevivieron en sus glorias: los Rayones, Muzquiz, Ortices, Victorias, Guerreros, Martinez y otros que conserva-

ron el fuego sagrado, cuando la perfidia interrumpió los triunfos con el desaliento de una época cruel que causó la vuelta del rey de España para cubrir de infamia á sus libertadores, y á los que le preparaban el trono mas feliz que pudo tener un monarca, constituido para ser padre de los pueblos, y nunca su tirano. ¡Pero que vana ilusion! un caos de oscuridad y de esterminio sucedió á la época de las virtudes y el heroismo, tanto en España como en América. Nada quedó á los patriotas de ambos mundos mas que la melancólica memoria de los sepulcros de sus héroes, cubiertos de ignominia y anatemas fulminados por la restaurada inquisicion del ingrato Fernando.

El Virey Apodaca, conde del Venadito, llamado así por los triunfos conseguidos sobre la suerte del inmortal Mina, aplacaron un tanto la persecucion de los patriotas, pero la servidumbre oprimia siempre los sentimientos de la libertad abatida. Seis años corrieron en esta órbita de desgracias, hasta que el Sér Eterno se compadeció de los israelitas que ya no querian reyes al estilo de los paganos. Llegó el año 20 con los mas felices auspicios, y lo diré mexicanos: Al ejército de los liberales españoles debemos agradecer la mutacion gloriosa de nuestra deplorable suerte. En las luces del siglo los militares no pertenecen ya á los déspotas, sino á los pueblos. Bajo la coraza y el morrion, tienen una alma sensible y sentimientos patrióticos, que no permitirán jamás la esclavitud de sus semejantes, aun que estén dispuestos á batir á sus declarados enemigos. El ejército prusiano nos presenta una prueba de esta verdad, sosteniendo los derechos del pueblo contra el príncipe que trataba de sacrificarlo á las miras de Napoleon. El pueblo estaba en contradiccion con aquel monarca, y los militares decidieron la disputa poniéndose á favor de sus conciudadanos. Estas fuerzas unidas, obligaron al rey á retractarse de los ofrecimientos hechos á la Francia, y el general York salvó á su patria y salvó á la Europa.

El ejército español que tanto habia trabajado por la libertad de su rey, y por lo felicidad de sus conciudadanos, bajo la sombra de un trono constitucional, se ve estrechado á lle-

var y recibir la muerte en América, donde cuarenta mil de sus compañeros de armas, no habian encontrado mas que sus sepulcros, no volviendo sino muy pocos al seno de sus familias. Es constante, por otra parte, que todo lo que era militar en la Península, odiaba la guerra de América, donde no venian á sostener otra cosa que los caprichos de los agentes del gobierno, falto de esperanzas en la reconquista. Todos los demas españoles la querian, tanto porque libres de sus riesgos iban allá los caudales mas cuantiosos, como por el espíritu de dominacion, que siempre lo animan contra sus hermanos de ultramar. He aquí como el ejército liberal de la Península fijó con su heroica decision los destinos de ambos mundos. Un dia solo bastó para cambiar la forma del trono de Fernando, sobre el cual Carlos V y Felipe II asombraron al universo, y sobre que quisieron sus inicuos ministros, hacer á Fernando inaccesible á los modernos deseos de la culta Europa, como nota muy bien un sábio político de nuestro tiempo.

En días tan brillantes, renacieron las virtudes de nuestros primeros héroes: se trasmitieron en todos los espíritus como por un encanto; y el Quiroga mexicano, el inmortal Iturbide, levantó el templo de la concordia, y de los triunfos patrióticos de su nacion: de esta nacion destinada por la Providencia eterna, para llevar algun dia las luces y la libertad á la vieja España, que despues se ha abismado en el caos de su antigua nulidad y servidumbre. Ni debe ser otra cosa, mientras insista en tener esclavos, y sostener las usurpaciones y las conquistas que tanto abominó el Dios de las naciones en los reyes del paganismo.

El héroe de la Union y de las garantias, ha dado á su patria los dias mas gloriosos que pudieran desear los primeros caudillos de nuestra independencia, y el ejército trigarante, que no pertenecia ya á ningun rey sino á su patria, se constituyó baluarte de la libertad de sus conciudadanos, y se puso en atalaya sobre la conducta de sus gefes que pudieran degenerar en los sentimientos y las virtudes que los habian conducido al triunfo. Así es que el ídolo de los mexicanos, que acababa de abrir el santuario de las leyes, y cerrado el tem-

plo de Jano, para descansar sobre sus hechos heroicos, oyó el silvido de la serpiente que le encantó; y queriendo ser como los dioses, se abismó en un caos de perdicion, dando el ejemplo mas terrible de las vicisitudes humanas, y de que los mexicanos ódian aun las sombras del despotismo. Pero nadie podrá arrebatarle la gloria de haber sido todo de su patria, ya se le considere triunfante en Iguala, ó ya víctima en Padilla.

Despues de tan grandes sucesos, que ciertamente han sido los mas notables de nuestra revolucion, la Providencia eterna ha fijado la suerte de la América, en la union de los estados por una feliz federacion que con el tiempo y con el aumento de luces y virtudes que es consiguiente á un gobierno republicano, se elevará al colmo de grandeza y gloria, que le predicen los primeros políticos de Europa.

Los últimos sucesos de Tampico y Tamaulipas, la han hecho mas respetable; y nadie fijará ya sus ojos sobre su suerte política, sin considerarla con todos los tamaños de una nacion aguerrida, cuando apenas se halla en su infancia. Tres mil veteranos del déspota de España, se aparecen repentinamente en nuestras costas prevalidos de nuestra demasiada confianza y abandono. Se apoderaron de los puntos principales para fortalecerse, y ya se creian con la presa segura, cuando los patriotas vuelan con las armas á abatir su orguyo; y los siempre esclarecidos mexicanos Teran y Santa-Anna, aun antes de que el gobierno general combinara la defensa, se abalanzan sobre los esclavos, y con un puñado de valientes que sabian despreciar la muerte por salvar á su patria, hicieron morder la tierra á los escogidos campeones descendientes de los Corteces y Pelayos, y los pusieron en la vergonzosa situacion de entregar la insignia nacional de los leones de Castilla, que en otro tiempo espantó á los antiguos mexicanos.

Prueba heroica de lo que valen las armas de un pueblo libre que sostiene sus derechos, contra las de los déspotas que apoyan la tiranía. Basta un corto número para vencer legiones inmensas, cuando el militar pelea por lo que afecta su corazon. Alejandro y César todo lo hicieron con pocas legiones; y otros nada han hecho con muchas. Enrique IV, conquistó

su reino con diez mil combatientes de Yury; y Luis XIV por poco pierde el suyo con cuatrocientos mil soldados. Napoleon se perdió con ochocientos mil.

Nada temais ya, mexicanos: teneis un ejército valiente que es todo de la patria; y que siempre está en atalaya del cumplimiento de las leyes nacionales; porque entiende que las armas con la razon, son la verdadera fuerza. Para vencer con la razon no se necesita mas que ponerse en armonia con el poder público, y con la opinion general que es la soberanía del universo.

Teneis constituciones en donde brillan los principios mas solemnes del derecho público; y aunque algunos defectos puedan poner en choque el interes de los pueblos con los que gobiernan, porque aun no se forman los nuevos hábitos de libertad, que han de destruir los antiguos de una inveterada servidumbre; las luces del siglo, y la trabajosa esperiencia, los ilustran mas cada dia. Estamos puntualmente en la época de las reformas, y ya hemos visto cuanto importa que las leyes hechas para una época determinada, sean siempre inferiores á las que alcanzan á todos los tiempos, y que no deban mezclarse unas con otras sin peligro de entorpecer la administracion pública, ó de hacer ilusorio un código constitucional que debe ser sagrado é inviolable. El debe encerrar los principios elementales de las sociedades que son inderogables; y separarlos absolutamente de las estipulaciones espuestas á la variedad de las circunstancias para el provecho de la misma sociedad, porque esta clase de leyes dan dependencias saludables; pero no cadenas cuyo peso impida el andar.

Tenemos en política un principio general, que es el salvador de las garantías sociales, y este consiste "en que de los gobiernos, se destierra la arbitrariedad, los caprichos, los secretos, los intereses de familia ó persona, y en que se adopte como base principal, la estrecha responsabilidad de los ministros que hayau de dirigir á los primeros gefes de nuestra república." La falta de estas circunstancias ha llenado de crímenes y de sangre al universo, y su perfecta combinacion le llenará de gloria.

Teneis y profesais decididamente una religion preciosa y admirable, que es la única que puede apoyar eternamente la felicidad de los hombres, sus principios santos, fuente de los consuelos y de las delicias celestiales, libres ya de las sombras con que los oscurecian la supersticion, el fanatismo y el interes personal de los que se cubrian con su velo para perpetrar el crimen, dándole el colorido de la virtud, serán algun dia los que apoyen la religion universal de todos los pueblos de la tierra que se comuniquen con vosotros.

La América en fin, bajo estas bases será el prodigio de la civilizacion, como vaticina el antiguo arzobispo de Malinas, cuyas palabras no puedo dejar de transcribros en este momento. Ella va á ser un gigante cuya aparicion asombrará al mundo político y comercial. Su faz magestuosa mirará de un lado á la Asia y del otro á la Europa, siendo su suelo virgen, regado por muchas aguas, encendido con mas fuegos que todo el resto del Orbe, y cuyas entrañas sudan el oro y la plata, el diamante y los géneros mas preciosos. Ved á esa América, continúa, llevando sus productos tan ricos y vários á los mercados de ambos mundos, vedla tocar á las partes del globo en que no ha podido llegar la Europa, sino atravesando los abismos del Océano. ¿Qué vendrán á ser estos átomos de las colonias insulares, que durante el sueño de la América hacian la riqueza de la Europa? Hay trescientos años que el descubrimiento de la América, mudó la faz del mundo, y su independencian va á perfeccionar la obra comenzada entonces. El sistema comercial, político, colonial y marítimo ha cambiado por este grande acontecimiento, cuyas consecuencias van á desenvolverse con la rapidez de los medios que dá la comunicacion de los pueblos entre sí.

Apresurémonos, pues, mexicanos á llevar este vaticinio tan lisongero, y dejaremos á nuestra posteridad la paz y la abundancia, ya que nosotros hemos sufrido tantos reverses del fatal génio de la discordia que lleva en pos de sí las mayores calamidades. Unámonos todos, y no haya jamas otro sentimiento que el de FEDERACION O MUERTE, CONS-
TITUCION Y FRATERNIDAD. Solo así podremos bende-

cir siempre la grata memoria de nuestros héroes, celebrando con entusiasmo el 16 de Septiembre de 1810.—DIJE.

OBSERVACIONES.

Varios son los discursos que el Lic. D. Juan Wenceslao Barquera pronunció como orador, tanto en las cátedras científicas y funciones literarias de la instruccion, así como en la tribuna del legislador, ya en las Cámaras del Congreso, ya en las del Senado; ya como gobernante en el sólio oficial; ya como magistrado y abogado en los estrados de Temis, como tambien siendo el intérprete de los sentimientos nacionales en las festividades de la Patria. En todas sus alocuciones encontramos tan bellos conceptos, tan preciosas imágenes en su razonamiento, tan felices aplicaciones y tan oportunas lecciones y consejos, que deseáramos trasladarlas todas á nuestra obra; pero los límites á que tenemos que ceñirnos, segun nuestro propósito, para no ser difusos, solo nos obligaba á publicar el presente discurso, con cuya oracion tocó las fibras mas sensibles de su auditorio, dominándolo no solo con su afuente y rica inteligencia, sino tambien bajo el acento de su vigorosa voz, que á la vez que estremecia conmoviendo con sus elocuentes expresiones, atraia con sus acciones animadas, electrizando al inmenso concurso que le escuchaba, atributos todos que solo son concedidos á los gé-
nios privilegiados y que vienen á caracterizar y constituir al verdadero orador.